

Y entró riendo y llorando como Gargantúa cuando naciera Pantagruel. Con voces de triunfo y brincos de regocijo describía la muerte del animal; y gemía y se arrancaba los pelos de la barba al recordar la de su hermano.

Después, siempre que volvía á hablar de aquel lance, decía con lágrimas en los ojos:

—¡Si al menos el pobre Juan me hubiera visto ahorcar al otro, habría muerto contento, estoy seguro!

El marqués de Arville añadió para terminar:

La vida de mi abuelo inspiró á su hijo huérfano el horror á la caza que ha venido transmitiéndose, de padres á hijos, hasta mí.

Calló el marqués y alguien preguntó:

—Esa historia no será una leyenda?

El narrador protestando:

—Oh, no! Os juro que es verdadera del principio al fin.

A lo cual, una dama objetó con dulce acento:

—¡Y qué más da si una pasión así es tan hermosa!

FIN

El Tenedor de Libros.

(DE EUGENE SEYMUR.)

## EL TENEDOR DE LIBROS

---

Sentado delante de una mesa sobrecargada con grandes libros, vuelto de espaldas á la chimenea y con medias mangas de lustrina que, para preservar las ya deterioradas de su antigua levita, le suben hasta el codo, se halla trabajando Santiago Ferlac: máquina fatalmente destinada á estampar nombres y cifras, desde la mañana hasta por la noche.

Un año hace que lleva los libros de la casa Durand, percibiendo como sueldo, ciento veinticinco francos mensuales. Mezquina es la cantidad, tanto más que Santiago Ferlac tiene una hija que educar. ¡Y cuantas privaciones deberá imponerse para que ella no carezca de lo más indispensable!

Como tiene libres algunos días de la semana, ha procurado otra casa donde á la vez pudiera encargarse de la contabilidad; pero nada ha logrado, ya porque otros se le hubieran anticipado ó acaso también porque con su traje pasado de moda y su aspecto de tristeza, no ha inspirado simpatía.

En el reloj del escritorio suenan lentamente seis campanadas. Es la horade libertad para Santiago que se levanta y se restrega los ojos fatigados por la roja luz del gas, tira de las sobremangas que guarda cuidadosamente dentro de un cajón, pónese gabán y sombrero; y apoyando la mano sobre un botón de cristal, abre la puerta que le separa del almacén.

El cual es grande, espacioso. Dependientes van y vienen de derecha á izquierda y por todos lados: unos leen periódicos; otros, bostezando, forman gallitos de papel que van alineando por orden de tamaño sobre un banco.

De repente, todo vuelve al orden: en un abrir y cerrar de ojos, periódicos y gallitos han desaparecido, los laboriosos dependientes arreglan y acomodan las piezas de tela

que, esparcidas aquí y allá, se habían extendido, durante el día, para la venta.

Mas... ¿de donde proviene tan brusco cambio? Simplemente de que se ha oído á alguien que sube la escalera, sonarse con estrépito. Y ese alguien, los dependientes lo saben muy bien, no pueden ser sino su patrón el Sr. Durand que con el acostumbrado trompetazo les anuncia su llegada.

Ha entrado el Señor Durand que es un hombre alto y seco, de mirada de águila.

Lanza luego, en torno suyo, una rápida ojeada de investigación y encontrándose con Santiago que timidamente le da vueltas al sombrero entre los dedos:

—¡Hola! ¿Qué tal va la contabilidad?—le pregunta:

—Pues... bien, señor,—contesta apenas el aludido, que sigue allí inmóvil, vacilando porque tiene algo que decir, y no se atreve.

Al fin, armándose de todo su valor:

—Señor,—empieza tan quedo como si fuera á confesar un crimen—no soy rico, Ud.

lo sabe. . . . ¿Tendría inconveniente en facilitarme alguna cosa á cuenta de mi mes?

El patrón, de pronto, arruga el entrecejo; pero como en el fondo es un buen hombre, al observar el aire contristado de Santiago, responde:

—No acostumbro hacer anticipos, Ud. lo sabe; pero, en fin, comprendo, mañana es Noche-Buena y Ud. necesitará fondos. Vamos, pase á la caja para que le ministren á cuenta de su mes, unos cincuenta francos; el resto de su mensualidad se le completará el día 31.

Santiago, entre mil demostraciones de agradecimiento, adelanta hacia el ventanillo donde le presentan en fila tres monedas de oro, las cuales ha recogido y deslizado con precaución en su viejo portamonedas. Sale por fin del almacén, saludando al patrón primero, y luego á los dependientes, sin advertir, según parece, las sonrisas irónicas que estos últimos le dirigen.

Al llegar á la calle, un frío penetrante le sacude. Súbase entonces hasta las orejas el cuello del gabán, húndese el sombrero en la cabeza y con las manos en los bolsillos, opri-

miendo cariñosamente el dichoso portamonedas, se aleja á grandes pasos y lanza, de cuando en cuando, una mirada á los curiosos objetos que los aparadores están exhibiendo.

Los juguetes le atraen; uno, sobre todo. En un escaparate inundado de luz, donde juguetes de diversas clases se hallan reunidos en abigarrada confusión, una muñeca, blonda y rizada, con grandes ojos de esmalte, sonríe, tendiendo hacia él sus manos llenas de hoyitos.

Una alucinación le perturba. ¡Sí, no cabe duda, esa muñeca se parece á su Gabriela!

Y entonces se olvida de que es pobre, vehementísimos deseos le acometen de comprar aquella muñeca para ofrecérsela á su niña.

—¡Ah!—¡Pero debe costar caro!—se dice.

Y continúa allí parado, indeciso, preguntándose si entrará ó no.

En esto, la dueña del almacén aparece en el umbral de la puerta. Es una señora ya de edad y de figura respetable y simpática.

Santiago avanza y señalando con cierta cortedad á la muñeca:

—¿Podría Ud, señora, informarme del precio de ese juguete?

—Pase Ud, caballero, voy á enseñárselo.

Santiago penetra en el almacén tras de la propietaria que abre el aparador, y tomando á la preciosa rubia, consulta una etiqueta verde que pende de uno de los dedos.

—Veinte francos,—dice.

Pero como el semblante del modesto caballero expresara la sorpresa, la interrogada creyó conveniente añadir:

—¡No es cara! Vea Ud. qué linda! Mueve la cabeza, cierra los ojos...

Y al decir esto, se la acuesta en los brazos para que muestre á Santiago sus párpados cerrados.

Él la contempla y se figura ver á su hija dormida.

Desesperado toca, oprime el portamonedas.

—¡No puedo,—dice al fin—no puedo, es muy caro!

Y su semblante denuncia tal dolor, que la buena señora, conmovida, le pregunta:

—¿Era para su hija de Ud?

—Sí, señora, y por desgracia no soy rico. Tenedor de libros en una sola casa, dispongo del tiempo necesario para trabajar en otras; y las he buscado, pero con tan mala fortuna, que hasta ahora no he podido encontrar... ¡Es bien poco lo que gano! Y luego, á fin de que á la niña no le falte nada, hace mucho tiempo que llevo esta misma levita, aunque las gentes rían al verme pasar, porque eso no me preocupa. Una sola caricia suya me basta para olvidar todas esas pequeñas miserias. Con tal de que ella sea feliz, yo también lo soy. Mañana es la Noche-Buena, á ella le encantan los juguetes; ¡oh sí, sus ojos lo revelan claramente cuando salimos á paseo; nada dice la *remonísima*, porque es tan razonable con sus ocho años!... ¡Si Ud. viera lo bien que se da cuenta de nuestra situación!....

Al pasar por aquí y ver esta muñeca que tanto se le parece, he sentido así, de pronto, no sé por qué, el vivo deseo de comprarla. Ahora, si Ud. pudiera rebajar algo del precio

que me ha pedido, yo, señora. . . . al cabo la compraría, porque no quisiera haber molestado á Ud. inútilmente.

La Señora que enternecida escuchaba:

—Tómela Ud.—acabó por decirle con voz insegura—se la dejaré al precio de costo, doce francos; pero no lo diga á nadie.

Y sin esperar respuesta, continuó:

—Además, todo podrá arreglarse bien. Ud. según me ha informado, es tenedor de libros y yo, precisamente deseaba uno. Hasta ahora, yo misma me ocupaba de los papeles de la casa, pero como voy haciéndome vieja, tengo necesidad de alguien para esas labores. Venga Ud, pues, á desempeñarlas tan pronto como pueda y tráigame á su hijita: yo adoro á los niños y, por consiguiente, tendré un verdadero placer en conocerla. . . ¡Ah! Olvidaba decirle á Ud. que le pagaré ciento cincuenta francos al mes.

—¡Ciento cincuenta francos!—repetía gozoso Ferlac—¡Dios mío! ¡Eso, junto con lo que gano ya, la riqueza! . . . ¡Oh, señora, qué buena, cuán buena es Ud!

Y Santiago Ferlac rompió á llorar como un niño.

Entretanto, el almacén se llenaba de gente y él partió, llevándose su muñeca.

Momentos despues, sintiéndose verdaderamente feliz, llegaba á su casa.

Al entrar, una niña encantadora de ocho años, corrió á su encuentro abrazándole y besándole cariñosa:

—¿Por qué vuelves tan tarde?

Mas como desde luego fijara con seriedad sus grandes ojos en el paquete que traía su padre, éste le dijo sonriendo:

—¡Mira, mi Gabriela, mira lo que el Niño Dios me ha enviado para tí!

Ella desenvolvió el paquete: acostada dentro de una caja forrada de seda, apareció la muñeca.

—¡Ah, padre!—exclamó.

Y no pudo más, pero en sus ojos brilló una perla; una lágrima

Verdad era, pues, que aquella niña, comprendía.

A poco, rodeando con sus brazos el cuello de Santiago y entre inflexiones de voz, á cual más tierna:

—¡Cuanto me quieres!—dijo—. . . . ¡Pero

yo tambien te quiero mucho, mucho, ¿eh?  
¡mucho!!

Extático ante la inmensa alegría de su hija, Santiago Ferlac olvidaba todo. De súbito se acordó:

—Oye, Gabriela, vamos á ser ricos.

Y sentándose y poniéndola sobre sus rodillas, le contó lo bueno que había sido para con ellos el Niño Dios.

FIN



MADAME TÉOPHILE

(DE TÉOPHILE GAUTIER)